

sa del nombre de Dios para justificar los crímenes, no se abusa también todos los días de las leyes mismas que condenan los abusos? no se abusa de la misma autoridad que debe hacer respetar las leyes? no se abusa de los talentos, del crédito, de la fortuna &c.? ¿De que en fin no se abusa, supuesto que los vicios no son mas que abusos de los beneficios del Criador? ¿La ley que dexa libre el hombre, puede jamás obligarle á ser mejor? ¿los desórdenes mismos de los Christianos, que el impío imputa á la religion, no debe al contrario la religion atribuirlos al impío, toda vez que los Christianos solo se hacen viciosos, violando las sagradas leyes de la religion que profesan, y poniendo en práctica la moral, que el impío propaga? Suponganse también todos los desórdenes que él achaca al Clero, suponganse aún mas escandalosos; entonces se hará todavía mas evidente, que la integridad de una religion infinitamente santa, y siempre intacta entre las manos de los mismos Pontífices de quienes censura los desor-

denes, es uno de los extraños fenómenos que no pueden explicarse sino por la omnipotencia de aquel, que ha prometido á sus Apostoles, *estar con ellos hasta la consumacion de los siglos*; que ha dicho á la mar, *tú llegarás hasta allí, y vendrás aquí á romper tus ondas.*

CONCLUSION DE LA OBRA,

En la que se demuestra por una breve recapitulacion, la justa relacion de la Ley de Jesu-Christo, con las necesidades del hombre.

Queda pues evidenciado hasta aquí, que la religion de Jesu-Christo, lejos de estar en oposicion con la naturaleza, como se atreven á publicarlo sus enemigos, no era posible imaginar una religion que fuese mejor adaptada á la naturaleza del hombre, ni mas conforme á los primitivos deseos del corazon humano, que indicandole sus necesidades, y su destino, le advertian al pro-

pio tiempo de sus debéres. Un corto analysis de lo que se ha dicho, hará conocer todavía mejor esta importante verdad, que debe ser el resultado de la obra.

Los deseos de la naturaleza racional, no pudiendo derivar sino de su autor, deben necesariamente ser justos, y dirigirse á un bien real, que sea digno del hombre, y digno de Dios; pues que de otra suerte, estarían en contradiccion con la santidad del Criador. Este bien debe pues estar al alcance de todos; pues que de otra manera, los deseos serían irracionales, y contrarios á su bondad. Este bien debe ser posible á todos, y posible por medios legítimos; pues que de lo contrario, la misma razon que inclina siempre necesariamente al bien del hombre, nos incitaría al mal, para llegar al verdadero bien, lo que sería repugnante á la sabiduría divina. ¿Quales son pues estos deseos primitivos de la naturaleza, que se dirigen á un bien real, á un bien que está al alcance de todos, y que todos pueden adquirir por medios legítimos? ¿Quales

estos deseos *innatos*, que viniendo del Criador, deben siempre estar de acuerdo con la recta razon, y la sana moral? Se reducen á tres, que son el principio de todas nuestras voluntades, á saber, el deseo de la felicidad, el deseo de la grandeza, el deseo de la inmortalidad: Deseos inseparables del corazon humano, pues que el hombre se ama necesariamente á sí mismo; deseos irresistibles, que encuentro en el corazon del hombre mismo que se degrada por la infamia del vicio y las baxezas de la servidumbre, pues que se alzaré siempre contra la idéa del envilecimiento que le abate; en el corazon de este impío, que tiembla á la sola idéa de la nada, y que tan solamente la invoca en la muerte, á fin de escaparse de una justicia rigurosa que teme aún mas que la nada misma. Busque pues el hombre la felicidad, busque la grandeza, busque la inmortalidad, á las quales está llamado, y á las quales se siente arrastrado por el impulso irresistible de su naturaleza; mas ¿en donde las ha colocado el Criador? Las pasiones le ofrecen los place-

res sensibles como suprema felicidad; pero estos placeres no son mas que delirios momentáneos, que depositan en el fondo del alma, los disgustos, las confusiones, los remordimientos y la vergüenza: Buscan la grandeza en el fausto del orgullo, en el lujo de las riquezas, en la brillantéz de la reputacion, en las distinciones de las clases, de las dignidades, del nacimiento; pero ¿todas estas gracias, puramente exteriores, podrán jamás constituír su verdadera grandeza? Aspiran á la inmortalidad de un nombre en los fastos de la historia; ¿pero que es esta inmortalidad, por aquel que ya no existe en la tierra? ¿y aun estos bienes, tan frívolos como son, han estado jamás en el poder del hombre? Las pasiones, pues, nos engañan desviando nuestros deseos ácia un fin que no podría ser el objeto de la naturaleza racional, ni el de su Criador. Mas, no conociendo las pasiones otro bien, tampoco pueden indicar otro fin; y desde entonces los deseos primitivos de la naturaleza, estos deseos tan sábios, tan legítimos en su origen, con-

fundiendose con los deseos de las pasiones, corrompen al hombre, le degradan, y un primero error se hace el principio de todos sus extravíos, y de todas sus desgracias.

Jesu-Christo viene á iluminar los deseos de la naturaleza, no para entibiarlos, sino para exáltarlos, engrandecerlos, dirigirlos, ilustrandoles acerca su verdadero fin.

« Tu deseas ser feliz, dice al hombre, tu deseas ser grande, deseas ser inmortal; y yo te he criado para serlo. Estos deseos yo los he puesto en tu corazon, para indicarte tus destinos: Conozco la dignidad de tu naturaleza, y tus deseos no te desviarán. Tus pasiones solamente te engañan, no por desear demasiado, pero si por no desear lo bastante; ellas te arrastran á la tierra, y tu has de vivir para el cielo. Solo aquel que te he criado puede hacerte feliz. Yo solo puedo recompensar las virtudes que proceden de mí: Levanta los ojos, dilata tu corazon, y yo llenaré la inmensidad de tus deseos, por la pleni-

tud de mis dónes. Yo que soy la ver-
 dad por esencia, penetraré tu espiri-
 tu de mi luz; yo que soy la fuente
 de todo bien, saciaré tu sed de la
 felicidad, por la posesion de mí mis-
 mo. El amor, uniendote á mí, te ha-
 rá verdaderamente grande, por la
 conformidad de tus deseos con mi vo-
 luntad, por la viva semejanza de tu
 alma con mis perfecciones; y la muer-
 te que terminará tu vida mortal, no
 hará mas que asegurar tu felicidad, fi-
 xando tu corazon en la justicia. En
 vez de esta inmortalidad imaginaria,
 que es nada para el hombre, coloca-
 ré la inmortalidad dentro de tí, vi-
 viendo yo mismo eternamente en tu
 corazon por la caridad. La recompen-
 sa que te prometo, la prometo á to-
 dos; y el medio de merecerla, el úni-
 co digno de mi santidad, el solo con-
 forme á la dignidad de tu naturaleza,
 es amarme sobre todas las cosas, y
 amar á los hombres por respecto de
 mí.

A estas palabras reconozco la voz de
 aquel que hizo en otro tiempo lucir la

luz en medio de las tinieblas. Alum-
 brado por la antorcha de la fé, cesa la
 ilusion de mis sentidos, y no veo otro
 bien fuera, ni dentro de mí, que aquel
 que encierra en sí todos los bienes en
 la plenitud de su esencia. Arrebatado
 enteramente al seno del Eterno, aper-
 cibo un nuevo orden de cosas; siento
 la perfecta conformidad de la ley de Je-
 su-Christo, con mi último fin, con los
 deseos y las necesidades de mi natura-
 leza, con mi verdadera felicidad, con
 mi verdadera gloria. Esta ley se halla
 tambien tan esencialmente atada con
 la sabiduría de Dios, con su bondad,
 con su justicia, que no le era posible
 dar otra ley sin ofender sus divinos
 atributos, sin destruir todo el plan de
 la creacion, todos los designios de su
 providencia. Y de esta conformidad de
 los deseos primitivos de la naturaleza,
 con el fin de mi creacion, con la santi-
 dad de mis debéres, con los derechos
 inagenables del Criador, deriva toda
 la moral de su Evangelio.

Siendo destinado á vivir eternamente
 feliz de la felicidad de los espíritus, y

por la posesion del mismo Dios, este Dios, Criador de mi sér, debe ser tambien el centro de todos mis deseos, y el último fin de todas mis obras: Debo amarle de todo mi corazon, creer en su palabra, descansar en sus promesas, esperar en su misericordia, cumplir con sus preceptos. Las pasiones, que atan el corazon á la tierra, á los honores, á los placeres, á los bienes del mundo, le apartan de Dios; y por lo mismo no pudiendo ellas mas que perderme, debo reprimirlas, para no perecer; debo debilitarlas por privaciones, á fin de sujetarlas mejor; debo huír las ocasiones del mal, para no exponerme á caer en él: Todo el hombre terreno debe ser inmolado, para dexar vivir en mí el hombre nuevo, que ha nacido en la sangre de Jesu-Christo (1), y solo seré verdaderamente libre, á proporcion del imperio que exerceré sobre mí mismo. Si busco la vida fuera de Dios, me entrego á la muerte; si muero á mí mismo, encuentro al contrario la vida en

(1) Rom. 6. v. 6. 7.

Dios. Amando á Dios sobre todas las cosas, amaré al proximo á quien él me manda amar, amaré á los hombres ingratos y perversos, amaré á mis enemigos, y les haré bien por respecto á él; pero, no amaré á mis deudos, ni á mis amigos, sino segun él, y nunca mas que á él.

Viva cada uno de esta suerte conforme al espíritu de Jesu-Christo, y entonces en la situacion en que la providencia le ha colocado, en el interior de las familias, así como en el comercio de la sociedad, en la obscuridad de una vida privada, igualmente que en las funciones de la administracion pública, será todo lo que debe ser; y baxo el gobierno del padre comun de todos los hombres, hijos de una misma familia, cada qual se hallará baxo la proteccion de todos.

Por todas las demás partes se declama contra el egoísmo sin conocerle: El Christiano es el único que le distingue y evita sus escollos. Se hace consistir el egoísmo en el amor dominante del interés personal; y es un error; pues que

es propio de la esencia del hombre amarse á sí mismo, y desear su felicidad. El verdadero egoísmo consiste en el amor de un interés exclusivo, que se hace por precision enemigo del bien de otro. Asi pues, este amor exclusivo será siempre el vicio dominante del corazón humano, mientras que el hombre buscará su felicidad en los bienes de la tierra, supuesto que no puede poseerlos sino por la exclusion de los demás hombres. Pero coloque su felicidad en la posesion de Dios, en este goce que se obra por el amor, por la vision del mismo Dios, por la comunicacion de su gloria; entonces pudiendo todos participar de igual dicha, sin nada disminuír de la posesion de los demás, el amor dominante de nosotros mismos y de nuestra felicidad, lejos de ser el enemigo del bien de otro, se hará inseparable de la beneficencia, porque la posesion de Dios, que ha de formar la felicidad del hombre, debe ser la recompensa de la caridad, que hace amar al proximo.

Además del bien esencial, hay asi

mismo bienes de segundo orden, que sirven á las necesidades de la vida presente, y al merecimiento de una vida por venir. La religion favorece tambien para procurarlos.

La vida y la salud son un don precioso del cielo: La religion nos manda conservarlas para llenar los debéres que Dios nos impone, y ella misma procura la conservacion de estos dones, disponiendo la moderacion, el trabajo, la templanza. Por lo contrario, las pasiones precipitan el curso de nuestros dias, multiplicando los goces de la vida: El exceso de los placéres aceléra las enfermedades de la vejez, y acaba por un estado de entorpecimiento, de afliccion, y de tristeza, en que el hombre no siente mas que el disgusto de los placéres, y el peso de su propia exístencia.

La estimacion pública, que es un bien personal, contribuye tambien á la conservacion de las costumbres, en quanto honra la virtud. El nacimiento y la dignidad determinan las distinciones; pero la estimacion es un homenaje que el corazón rinde tan solamente

al mérito. La religion pues, que produce todas las virtudes, procurará tambien la estimacion de los hombres.

La fortuna, los honores, las dignidades, son bienes que proporcionan medios de socorrer al indigente, proteger al débil, contribuir al bien público. Las intrigas, las baxezas, las injusticias lograrán quizás alguna vez llevar de un golpe al malo hasta el cúmulo de la fortuna; pero abrirán al mismo tiempo debaxo sus pies, el abismo que se le ha de tragar. La religion de Jesu-Christo, que es la amiga de todos los hombres, rara vez favorece estas rapidas fortunas, que nunca procuran una existencia feliz, y casi siempre se forman de la desgracia de otro; mas recomienda el trabajo, la aplicacion, la observancia del debér; inspira la justicia, la beneficencia, la rectitud de corazon, que merece la confianza pública, y nos conduce por un camino mas seguro, á una fortuna suficiente al estado de cada qual, esto es, hasta el punto en que manda pararse la ambicion, conciliando en ello el bien personal,

con el de la sociedad civil. Las pasiones enpobrecen, disminuyendo los medios, y multiplicando las necesidades: La religion enriquece, reduciendo las necesidades, y aumentando los recursos.

Los placeres inocentes son necesarios al descanso del cuerpo, y á las recreaciones del espiritu. La religion solo permite recreaciones inocentes, que sirven de diversion á nuestras penas, sin causar al alma desasosiego; solo permite placeres que descansan el espiritu, sin fixar el corazon, y que pasan sin dexar inquietud: Los indica, los arregla, procura el mas puro, el mas durable de todos los placeres, la paz de la buena conciencia. El voluptuoso, habituado á los movimientos convulsivos de los torbellinos que le arrastran, se ve obligado, para buscar un instante de gozo, á arrojarle fuera de sí mismo en medio de las pasiones tumultuosas que le embriagan, y que despues del primer momento de su borrachera, no dexan mas que disgustos y remordimientos.

Las mismas pasiones que forman nuestros tormentos, prometiendonos la feli-

cidad, aumentan tambien nuestra sensibilidad para con los males que nos causan, y no dexan medios para aliviarlos. ¿Nos debe pues sorprehender, que entregandose entónces á su desesperacion, el hombre que padece, atente contra sus dias, quando ya no tiene valor de sobrellevar las desgracias de la vida?

No tan solamente previene Jesu-Christo los males que nos ocasionan las pasiones, si que tambien los suaviza por el espiritu de mortificacion que nos inspira, y por la esperanza de las recompensas que nos promete.

Las artes y las ciencias que ilustran el espiritu, y sirven al bien de la sociedad, son asi mismo un bien para el hombre; y la religion no solo facilita los progresos, mas aún obvia los abusos, moderando nuestros deseos, dirigiendo las luces de la razon, é indicando al hombre los límites en que debe pararse, á fin de evitar los desvíos de su vanidad; y despues de haberle asi dispuesto á recibir la impresion de las verdades que estan al alcancé del espiritu humano, le hace á demas conocer verdades

á que este no podia llegar, y las quales influyen como por un reflexo de luz, sobre todos los conocimientos humanos.

Al deseo de la felicidad se junta el de conocer el camino que conduce á ella, y Jesu-Christo viene á manifestarnosle; mas para dexarnos guiar de su luz, debiamos primeramente creer en él. A este fin empieza por someter el espiritu á la fé, antes de instruirnos, y luego establece por medio de la fé, la mas sublime, mas sabia, mas luminosa de todas las religiones, sobre el misterio inefable que parecia una locura á los ojos de la sabiduría humana. Allí desde lo alto de su cruz nos enseña, que siendo llamados á reynar juntamente con él en el cielo, todos los reynos de la tierra son nada para nosotros; que siendo muertos con él al mundo, no debemos vivir sino con él en una nueva vida. Allí nos hace conocer, qual es la grandeza de un Dios, que no puede ser honrado de un modo digno de él, sino por la mediacion de un Dios igual á su Padre; nos ense-

ña qual es la enormidad del pecado, que unicamente podia expiarse por los tormentos de un Hombre-Dios; qual la dignidad del hombre rescatado por la sangre de un Hombre-Dios; qual la grandeza de las recompensas venideras, que son el fruto de sus merecimientos. Nos dice sobre la misma cruz, que habiendo sido elevados á la dignidad de hijos de Dios, debemos llevar su semejanza; que habiendose dado á nosotros le debemos amar de todo corazon, que habiendo derramado su sangre por todos los hombres, debemos amarlos á todos como á nosotros mismos; que habiendonos obtenido sus gracias para cumplir sus mandamientos, no debemos desmayar por nuestra flaqueza; que siendo aún vivo á la derecha de su Padre, á fin de interceder por nosotros, podemos alcanzarlo todo por su mediacion y por sus meritos. Se hace, por fin, sobre su misma cruz, el modelo mas santo de la ley mas perfecta, el modelo de esta caridad que es la perfeccion de su ley, y que nos dicta todos los deberes del hombre; del hombre de todas las

edades, de todas las condiciones; del hombre de todos los tiempos, de todas las circunstancias; del hombre privado, del hombre social, del hombre político. Y esta ley, que es para todos los hombres, y para todos los tiempos, esta ley que debe elevar al hombre al grado mas sublime de grandeza, á la suprema felicidad, á la verdadera inmortalidad; esta ley, que debe llenar así todos los deseos de la naturaleza, Jesu-Christo ordena á sus Apostoles que la anuncien á todas las naciones, prometiendo asistirles con la potestad de transmitir su mision á sus sucesores, para perpetuar su doctrina hasta la fin de los siglos.

Pero esta ley es al mismo tiempo tan indivisible, y tan esencialmente enlazada con la constitucion de la Iglesia, que es su depositaria, que no se pueden separar, sin destruir todo el edificio; porque, si se sale una vez de la sucesion apostólica, á quien Jesu-Christo ha confiado el depósito de la fé, y la autoridad del gobierno; si se pasa baxo la instruccion de otros maestros; si

se enseña otra doctrina, ya no es Jesu-Christo quien enseña y quien gobierna; porque tan solamente ha dado su mision, y ha confiado su autoridad à su Iglesia. Si la Iglesia pudiese errar sobre un solo punto, podria tambien errar sobre los demas. Entonces cada qual tendria el derecho de exâminar y de juzgar lo que ella habria exâminado y juzgado; y no obstante la solemnidad de sus decisiones, cada qual decidiria segun su espiritu particular, acerca lo que debe creer, y lo que ha de practicar: Ya no habria unidad, ni en la doctrina ni en el gobierno; porque tampoco habria autoridad suficiente para sujetar el espiritu à la obediencia: Semejante à un navío sin Piloto durante la tempestad, así el espiritu humano, no teniendo guia cierta ni visible, su curiosidad no conoceria freno ni tendrian termino las disputas. Luego los misterios que hacen temblar la razon, luego las maximas de una moral que se opone à las pasiones, serian entregadas à la arbitrariedad, inmediatamente encalladas, y por ultimo se perderian. El

misterio de la encarnacion, que abraza todos los demas misterios, hallandose sujeto à discusiones, quedaria reducido à problema; Ya no se conoceria ni el pecado original que ha corrompido la naturaleza humana, ni la bondad de un Dios que ha venido à repararla, ni las gracias sobrenaturales que nos ha obtenido para hacernos cumplir sus mandamientos. Entonces su ley, pareciendo impracticable, deberia convertirse de celestial como es, à carnal y terrena, à fin de acomodarla à las fuerzas de la naturaleza humana. Entonces distinguiendo solo confusamente los impulsos de la conciencia, que vienen del Criador, de los deseos desordenados de la concupiscencia, que dimanen de la depravacion de la naturaleza, se desfiguraria una moral hecha demasadamente austera, para hermanar la ley del debér, con las inclinaciones del corazon humano; y como la moral es esesialmente una, al igual de la fé, seria necesario derribar los principios, quando no se quisiesen admitir las conseqüencias.

Asi la moral del Evangelio, no existiendo en su integridad; tampoco existiría en alguno de sus puntos: Porque si la ley de Jesu-Christo dispensase una sola virtud, si permitiese una sola infidelidad, ya no sería absolutamente santa: Si hubiese una sola perfeccion posible, que no derivase de sus máximas, sería imperfecta; si pusiese un solo mandamiento, que no fuese razonable, si diese un consejo que no hiciese al hombre mejor, sería falsa; y en todos estos casos sería contraria à la sabiduría, à la santidad, á la verdad, que deben caracterizar una religion divina.

Juntense todos los sabios de la tierra, medíten, disputen, combínen para imaginar una religion tan esencialmente única, esencialmente santa, esencialmente sabia, en fin una religion tan perfecta en cada una de sus partes, y en su todo; una religion que abrace un plan mas vasto y mas justo en todas sus relaciones, que estribe sobre una base mas sólida, sobre verdades mas luminosas; que encierre objetos mas elevados, máximas mas sabias y mas sublimes; que reúna

tanta simplicidad y tanta grandeza; en la que todo tira á hacer glorificar al Sér. supremo, y á hacer al hombre mejor; y la qual, de consiguiente, nada contiene que no sea grande, que no sea sabio, que no sea justo, que no sea santo; una religion que inspire tanta generosidad, tanto valor, pero nunca la audacia, ni la presuncion; una religion que sea mas conforme á los deseos *innatos* de la naturaleza razonable, mas luminosa en sus principios, mas eficaz en sus medios y en sus motivos, mas noble y mas sublime en su espíritu; en una palabra, una religion que sea mas adecuada à la dignidad del hombre, à sus necesidades, á su flaqueza. Busquen una religion mas amiga de la humanidad, de la sociedad, del orden público; una religion que úna los hombres y las sociedades por vinculos mas dulces y mas indisolubles, que tenga un proceder mas firme, mas solido, mas invariable. Jesu-Christo manda las grandes virtudes, invita el hombre á la mas alta perfeccion, y nunca mas allá de lo que permite la naturaleza humana. Promete las

mas altas recompensas; y estos medios que son los solos dignos de Dios, los solos dignos del hombre, los solos analogos à la sabiduria de sus máximas, à la santidad de su espíritu y à la magnificencia de sus promesas, se hallan siempre al alcance de todos.

Las ciencias humanas unicamente se perfeccionan por el tardío progreso de las luces. Jesu-Christo nada toma de los sabios que le han precedido, pues que toda su moral gira sobre la abnegacion de sí mismo, que jamas los sabios habian conocido; pero la verdad mana de él como de la fuente; todo queda dicho quando él ha hablado, á la manera que todo ha sido hecho en el momento que lo ha mandado; y despues que ha establecido su Evangelio, no ha sido posible añadir ni quitar un solo punto, sin desnaturalizarle. Los sabios se han siempre apartado mucho de su objeto, quando han querido decir algo de mas: Unos para hacer el hombre feliz, le han embrutecido en la borrachera de los placeres sensibles; otros para elevarle mas alto de lo que podia

llegar, han querido variar hasta la naturaleza del corazon humano, y no han hecho mas que enardecer su orgullo: Han querido hacerle insensible al dolor, y le han formado un crimen de su compasion. Jesu-Christo lleva por lo contrario la virtud al mayor grado posible, y la mas alta virtud se encuentra siempre en el poder del hombre: Nos manda amar á los hombres, y aplaude los sentimientos de la compasion: En vez de sofocar este precioso germen de beneficencia, la excita, la encarga, la recompensa: En vez de condenar la sensibilidad del dolor, que se halla unida por vinculos indisolubles à la naturaleza del hombre, exórta al valor de la paciencia; inspira tambien la alegria en las mortificaciones, por el deseo de consagrarse á Dios, obedeciendo á su santa voluntad; y en vez de la vana ostentacion, que afecta parecer lo que no es, da à la verdadera sabiduria esta magnanimidad heroyca, que presentandose con las flaquezas inseparables de la humanidad, somete todas las facultades del alma, á la voluntad de su Criador.

La antigüedad nos ha conservado la memoria de dos amigos que se disputaban la gloria de morir el uno por el otro: Pero la gloria de un tal amor sería contraria al orden natural. Jesu-Christo, infinitamente mas sabio, nos manda amar á todos los hombres, y nos hace amar á nuestros enemigos como á nosotros mismos.

Para asegurar la felicidad y la libertad de los ciudadanos, una falsa política ha imaginado igualar todas las clases: Mas, aun quando semejante igualdad fuese posible, nunca sería estable, y por lo mismo sería viciosa la legislación. Jesu-Christo dexa subsistir las clases, y la desigualdad de las fortunas, que mantienen la emulacion, y concurren á la armonía de la sociedad, por los vinculos de la dependencia; pero, de otra parte establece una especie de igualdad mas noble, mas grata al corazon del hombre, mas preciosa á la humanidad, mas favorable al orden publico, inspirando la caridad, que une todos los ciudadanos como hijos de una misma familia de la qual él es el pa-

dre, que derrama sobre el indigente la sobreabundancia del rico, y hace servir el poder de los grandes á la proteccion de los flacos. Los desordenes de la sociedad no nacen de la desigualdad de las condiciones, sino de los vicios que las depravan, y que Jesu-Christo ha condenado.

Para defender los vasallos contra la opresion del despotismo, los Filósofos modernos les atribuyen el derecho de juzgar á sus Soberanos, y de hacerles descender del trono. Pero esto sería llevar sobre la sociedad el incendio de las guerras civiles, y sumergir los pueblos en la confusion de la anarquía, sin remediar el abuso del poder. Jesu-Christo instituye sobre los Reyes una autoridad que lleva la marca de su divina mision; autoridad que sin arrogarse derechos contra la soberanía, sin salirse de la dependencia en que debe estar en el orden civil, reyna en su alrededor sobre ellos en el orden de la religion; autoridad que les habla en el nombre de Dios vivo, á la qual no les es permitido hacer callar; que se muestra

siempre la protectora incorruptible de la justicia, y es el único dique que los pueblos oprimidos pueden oponer á la tiranía de los Despotas.

El amor del bien público era en concepto de los antiguos, un cruel egoísmo patriótico, que hacía consistir la gloria en destruir las naciones, para extender los límites de un imperio. Un Filósofo de nuestros días (1) ha formado un principio de su moral; pero no ha conocido que las virtudes sociales pudiesen todavía abrazar un mas vasto círculo. Jesu-Christo quiere, al contrario, que todas las naciones sean miradas como familias de un mismo pueblo, del qual es el supremo Monarca; y ordenando el amor de preferencia para con la patria, prescribe al propio tiempo la justicia, y la beneficencia para con todos. De esta suerte los pueblos todos no forman á los ojos del Christiano mas que una sola poblacion: Los Ministros que los gobiernan son los pastores de un mismo y solo rebaño: Quan-

(1) Helvet. en el libro del Espíritu.

do los intereses temporales le dividen, la religion predica á unos y otros un Evangelio de caridad; sujetando la ambicion que los desune, calma el fuego de la guerra; la Cabeza de la Iglesia, padre comun de los fieles, se constituye un mediador natural para hacerla cesar; y si la religion logra hacerse oír, concluirá con la paz.

Entre los antiguos sabios, la moral se hallaba casi siempre separada de la Divinidad. En la religion de Jesu-Christo, Dios solo es el principio, el centro, el fin de todas las virtudes, y su ley santa el fundamento de toda la moral.

Para anunciar al Universo esta ley celestial, envia Dios su Unigenito, llevando sobre sí los caracteres augustos de su divina mision. Prometido á los hombres desde el principio de los tiempos, y vaticinado sucesivamente por los Profetas, cumple el Enviado del cielo todos los sagrados oraculos en su persona; pasma á Jerusalém por sus prodigios y sus virtudes; y no menos entre las ignominias de su muerte, que en la gloria de su resurreccion, ma-